

DE LA COMPASIÓN PEDAGÓGICA A LA ESPERANZA PEDAGÓGICA
RELATOS Y RETRATOS DE AULA EN EL ISAAC TACHA NIÑO

UNIVERSIDAD DE MANIZALES
MAESTRÍA EN EDUCACIÓN

AUTORES

July Andrea Aragón Villaruel

José David Rodríguez Benítez

ASESOR

Jaime Pineda Muñoz

MANIZALES

ABRIL 24 DE 2023

ÍNDICE

PRELUDIO

Itinerarios de un proyecto de aula..... 7

PRIMER ACTO

El aula y sus retratos históricos: en torno a los contextos..... 15

SEGUNDO ACTO

El aula y sus relatos biográficos: en torno a las existencias..... 24

TERCER ACTO

El aula y sus retratos utópicos: en torno a las esperanzas..... 38

BIBLIOGRAFÍA..... 45

Este proyecto de aula nace de la comparecencia ante la desgarradora realidad de violencia que como maestros hemos vivenciado en el entorno escolar de la institución educativa Isaac Tacha Niño de la ciudad de Villavicencio. El entramado narrativo que presentamos a continuación es el resultado de la convergencia de nuestras voces y de ellas ha nacido un único autor; pero antes de diluir nuestra voz en este escrito, deseamos presentarnos ante el lector desde nuestras singularidades biográficas:

***Soy July Andrea Aragón**, la profe July, conocida por mis estudiantes como la profe cariñosa y comprensiva. Llegué al Isaac Tacha hace ocho años. Recuerdo que ese día me encontraba muy entusiasmada y expectante al recibimiento en una institución pública ubicada en el corazón de un territorio habitado por numerosas familias abarrotadas de carencias debido a sus condiciones de vulnerabilidad. Al observar el contexto sentí bastante desasosiego ya que mis años de experiencia habían transcurrido en el sector privado donde tenía todo al alcance de mis manos. Claramente los entornos se mostraban totalmente diferentes. Al momento de presentarme, el rector me dijo: '¡Ah así que usted es la nueva! Bienvenida. Le cuento que en la institución existe una regla y es que cuando llega un profesor nuevo se le asigna el grado primero'. Yo le expresé mi alegría, pero a la vez sentí angustia ya que este grado genera terror a la mayoría de los docentes. Ya me sentía intranquila sin conocer aún mi sitio de trabajo porque el recibimiento fue en la sede central y ahí me aclararon que mi labor académica estaba asignada a la sede La reliquia. Cuando llegué allí, fue toda una sorpresa. Me imaginaba unas instalaciones de un colegio normal y no una casa donde sus habitaciones eran los salones, al frente de una cancha de fútbol que más parecía un peladero. En ese instante sentí horror. Respiré profundo, caminé por un pasillo y llegué a mi aula de clase, observé los rostros tristes y malhumorados de 38 niños y niñas que no querían que su profe se fuera y llegara una nueva. ¡Qué momento tan difícil! Días después esos rostros cambiaron, ya se habían adaptado a la profe July que hacía sus mayores esfuerzos para orientar sus clases que transcurrían en medio de las disputas y las tensiones entre los niños. Entre muchas situaciones difíciles, hay una que no he olvidado y que despertó mi inquietud investigativa. Estaba realizando la explicación sobre las*

unidades y las decenas cuando de repente se me acercó Jhordan y me dijo: “Profe vea que la rata de Daniel me robó el borrador y de la rabia que me dio le dije que su mamá era una perra”. En ese instante me pregunté cómo pueden niños de seis años expresarse de esa manera... Al intentar contener la situación, descubrí en sus miradas la incredulidad porque claramente esas expresiones eran parte de sus entornos cotidianos. Ese día comprendí lo que representaba estar en ese contexto escolar. Desde ese momento hasta hoy, que me encuentro finalizando la Maestría en Educación he luchado incansablemente por comprender las vidas de cada uno de mis estudiantes, buscando mil formas de transformar sus entornos existenciales y sus realidades. De ahí nace este esfuerzo pedagógico que camina entre la compasión y la esperanza pedagógica.

Soy José David Rodríguez Benítez, nací en Bogotá un 09 de septiembre de 1984... *En cercanías al nevado del cocuy y del majestuoso valle de Tenza se teje una historia de amor fruto del cual he nacido. Rodeado de muchas carencias económicas en un barrio polvoriento, soy hijo de un amor infinito que perdura hasta el día de hoy, que trató de darme la mejor educación posible, aquella que mis padres nunca tuvieron. Comencé mis estudios en una escuela normal en la ciudad de Bogotá en donde empiezo a descubrir mi vocación pedagógica; sin embargo, por azares del destino y una serie de eventos desafortunados, en el año 2001 fui enviado a un pueblo de Boyacá a culminar mis estudios. Lejos de la fría capital, conocí la pujanza y verraquera boyacense. Entre ruanas, me gradué como normalista superior y de vuelta a Bogotá comencé a tocar puertas para trabajar en lo que me había preparado. pero las puertas se abrieron lejos de mi ciudad natal, y terminé trabajando en el departamento del Guainía con comunidades indígenas en un punto que solo aumentando la lupa en el mapa se puede localizar (Raudal de Mapiripana). Como docente en este lugar adquirí nuevas y únicas experiencias que transformaron mi forma de pensar y sentir la docencia. Después de un tiempo y de regreso a la capital ingresé a estudiar la licenciatura en lengua castellana que abandoné en noveno semestre porque sentía que no llenaba mis expectativas y en ese espíritu aventurero fui rodando hasta llegar al departamento del Meta a trabajar en uno de los muchos internados que aún existen en Colombia. Es en ese lugar*

cuando empiezo a familiarizarme con la enseñanza de las ciencias sociales, pero la lejanía no me permitía emprender mis estudios profesionales en esa disciplina. En el año 2013 conocí a la persona que hoy es mi compañera de vida y concurso nuevamente en el magisterio, me radico en la ciudad de Villavicencio y comienzo a enseñar en el extremo sur de la ciudad, en un barrio popular conocido como Porfía, en donde olvido por un tiempo mis deseos de estudiar y me dedico al papel de padre de mi hija y compañera inseparable "Isabella". En el año 2018 llego a enseñar a la institución educativa Isaac Tacha Niño y comienzo a familiarizarme con su entorno y sus vivencias, las cuales no eran muy diferentes al lugar de donde venía. Ya conocía de barrios de invasiones y asentamientos suburbanos. Mientras me adaptaba, decido continuar mis estudios en ciencias sociales gozándome lo que me apasiona, allí comienzo a ver el sentir y la necesidad que toca diariamente a las familias de la institución desarrollando mi investigación de licenciatura con esta comunidad educativa. Aprovechando las oportunidades y al haber terminado la licenciatura, surgió la oportunidad de continuar mis estudios en la maestría. Las realidades que desgarran estos entornos tendrían que convertirse en el motivo principal de mi proyecto pedagógico. Los contornos de esta institución ya hacen parte de mi ser. En estas aulas estoy aprendiendo cada día más de tan loable labor como lo es educar y6 sueño que esta investigación no se quede en un escrito, sino que pueda ser base para generaciones venideras que quieran aportar un bulto de arena a la transformación de los niños y jóvenes de la Reliquia.

PRELUDIO

ITINERARIOS DE UN PROYECTO Y UN TRAYECTO DE AULA

Este es el itinerario de nuestro gesto investigativo, el entramado de caminos recorridos al que preferimos llamar *trayecto* más que *proyecto*, pues supone un tránsito, un desplazamiento, una movilización entre dos horizontes pedagógicos que nos han sacudido las entrañas en el aula: la compasión y la esperanza.

Un itinerario marca una ruta, describe las estancias de un viaje, los momentos, el rumbo, las sendas transitadas. Nuestro itinerario reúne las coordenadas de un trayecto pedagógico que nos permitió escuchar el testimonio de los niños y niñas del Isaac Tacha desde el dolor que procuran las violencias a las que han sido expuestos, hasta la esperanza dibujada en sus rostros, el único motivo emancipador que nos ha permitido agrietar los muros de esta escuela.

El primer itinerario devela el modo como nos imaginamos el trayecto pedagógico. Todo empezó con una fabulación metodológica que pretendía identificar las coordenadas esenciales para retratar el aula y escuchar los relatos de sus moradores. La primera coordenada debía ser narrativa. Como gesto metodológico, lo narrativo nos aproximaba a las historias de vida de los niños y niñas del Isaac Tacha. La segunda coordenada debía ser etnográfica, pues pretendíamos describir las relaciones entre los contextos escolares y barriales. La tercera coordenada debía ser fotográfica. Este gesto metodológico nos permitiría retratar la situación existencial de los cuerpos del aula en las estancias del Isaac Tacha Niño.

Sin embargo, una coordenada preliminar haría posible las tres coordenadas antes mencionadas. Era necesario reconocer que el lugar de enunciación de este trayecto pedagógico versaba sobre nosotros mismos, interpelaba el aula desde nuestra posición, leía el mundo escolar y sus violencias desde el modo como nosotros mismo hemos subjetivado los rostros de los niños y niñas.

Sumergidos en los mismos universos simbólicos que afectan la vida de los niños y niñas del Isaac Tacha, no podemos (ni deseamos) aspirar a la objetividad científica, ni mucho menos a la neutralidad axiológica. Lo nuestro es la subjetividad pedagógica y la responsabilidad ética.

Al implicarnos estamos develando no sólo las lecturas del contexto escolar sitiado por las violencias, sino que también estamos narrando las existencias escolares desgarradas por estas violencias. De ahí nacieron nuestras maneras de nombrar los dos momentos que componen este trayecto: en torno a los contextos y en torno a las existencias.

No son sólo los contextos y las existencias de los estudiantes del Isaac Tacha, también son nuestros contextos y nuestras existencias las que alcanzan una voz en este escrito. Los gestos metodológicos ensanchan la vida de los maestros que somos. Las palabras con las que entretejemos este texto le pertenecen a un narrador en el que convergen los entornos de una indagación que retrata lugares, relata vidas y anhela utopías.

Después de la fabulación metodológica, emprendimos el camino. Entregamos una hoja y preguntamos por las memorias de violencia que moraban en sus cuerpos, que se refugiaban en sus recuerdos. Alguien nos dijo:

“(…) Cuando los profes hablaron y entregaron esa hoja, solo con leerla ya tocaba fibras puesto que nos pedían desnudar nuestra alma y nuestro corazón como tal vez nunca lo hemos hecho... recordar las situaciones de violencia que han vivido nuestras familias nos hace sentirnos nuevamente vulnerados, ultrajados, pero a la vez sentimos que en un papel sin nombre podemos escribir lo que por mucho tiempo callamos”.

Sentimos que podríamos iniciar el viaje, adentrarnos en las memorias, custodiar los nombres y desde el anonimato, permitirles a los moradores del aula que interrumpieran el silencio.

La palabra clave era “violencia”, ese exceso de fuerza que esculpe tantas vidas en Colombia. Violencia es una palabra que ya está dentro de nuestro vocabulario como una circunstancia experiencial... Quienes la han vivido y no sólo la han escuchado, pueden reconocerse en la primera voz de este escrito:

A nosotros nos ha tocado hacerle frente y ponerle el pecho a las violencias, derramar lágrimas, y con ellas limpiar heridas... Estas geografías caniculares han sido el refugio de muchos hijos de la guerra, de familias en luto, de seres sin esperanza. Tal vez muchos de nosotros con las pocas lecciones académicas que la vida nos permitió tomar, aprendimos que en algún lugar de este país existía el departamento del Meta y su capital Villavicencio; pero nunca imaginamos que las circunstancias nos llevarían a estar hoy en día contando nuestras memorias desde estas tierras...

Otros nacimos en este hermoso departamento de amaneceres infinitos y atardeceres nostálgicos que nos llevaron a ser felices en su momento, y al

mismo tiempo, a marchar sin rumbo fijo tratando de encontrar sosiego para nuestras almas cansadas de sangre y muerte...

En este lugar que nos acoge porque nos vio llegar o porque en él nacimos está la Institución Educativa Isaac Tacha Niño, un entorno escolar que acogió a los hijos de las familias desplazadas...

Las puertas se abrieron para los hijos e hijas de los desterrados y sus historias aguardaban un maestro, una maestra, dispuesto a escucharlas. Hay relatos más crueles que otros, más violentos que otros, más inhumanos que otros, pero todos arrastran un valor de verdad, una verdad testimonial.

Una segunda voz irrumpe en este preludeo y habla por los que huyeron:

Algunos dejamos atrás los ranchos que por muchos años nuestros padres y abuelos construyeron y nos heredaron, huimos únicamente con la ropa que teníamos puesta mientras atrás dejábamos nuestro pasado y nuestros sueños, pero con el contraste de soñar un futuro mejor para nuestras familias.

La guerra en esta parte del país se cuenta por pasajes crueles y desgarradores, pero muchas veces maquillados ocultando verdades aún más dolorosas, desplazamientos de nuestras tierras por enfrentamientos entre guerrillas y bandas delincuenciales que sólo llegaron un día para nunca más irse, territorios con tanta riqueza hídrica, fauna y flora que es el paraíso para cultivos ilícitos financiados por grupos armados que se extienden como la inmensidad de nuestro llano, pasando por encima de personas inocentes que sólo pudimos huir antes de ponerle nuestras vidas y familias a estos grupos para seguir alimentando su ego y poder.

La inmensidad de nuestras tierras taladas y destruidas para sembrar y después dejarlas en el olvido; otros huimos por la violencia que rodeaba a nuestras familias derivada de ese control territorial y de expansión de poder donde la ley del silencio gobernaba en nuestros campos. Sin pensarlo, otros tantos hemos sido víctimas como si no hubiese sido suficiente lo vivido tiempo atrás de desplazamientos intraurbanos donde la ley del más fuerte opera en nuestras realidades; disputas de territorios barriales y fronteras invisibles. También a nuestro alrededor encontramos familias que viven un tipo de violencia muchas veces silencioso; las mujeres de estos hogares son víctimas puertas adentro y arrinconadas sufren... Al amanecer su hijo sale hacia la escuela, la zozobra y el miedo despertó con él y mamá llora...

Dos voces preliminares abren el telón y nos indican el camino: nuestro objetivo ha sido problematizar lo que en estas voces habla. Las violencias políticas y las violencias cotidianas, las que vienen del conflicto armado y las que se reciclan en el conflicto diario. Una violencia que desplaza, desarraiga, destierra, usurpa tierras y despoja campesinos; otra violencia que rompe espejos, tira puertas, empuña iras y suspende dignidades. Ambas violencias caminan junto a los niños y niñas del Isaac Tacha. Nosotros, al percatarnos de sus entramados, decidimos retratarlas y relatarlas.

Al cruzar el umbral del aula, estas violencias resuenan en sus corazones. Hay una nostalgia impresa en el rostro de la abuela que se mece en su silla mientras piensa en su finca, una pequeña parcela en Vistahermosa; mamá cubre con maquillaje las marcas dejadas por la ira patriarcal; y en su mochila, una niña trae consigo las tristezas de casa y los temores del barrio. Como Slavoj Žižek (2008) en sus reflexiones marginales sobre la violencia, finalmente hay una violencia simbólica encarnada en el lenguaje, en la casa del ser; una violencia sistémica, consecuencia catastrófica de la exclusión social, y una violencia objetiva, la invisible normalidad de todas las violencias ya incorporadas al vivir como si de sobrevivir se tratara.

Los equipajes existenciales en el Isaac Tacha Niño están hechos de estas violencias. Son en el lenguaje, son en la exclusión, son en lo “normal”, silencios cotidianos; cuando se expresan son “actos de violencia”. Nosotros oímos en el registro inaudible de la escuela. No escuchamos sus historias sintonizados con el

“bullying”, ni en la frecuencia de la “familia disfuncional”. Al escucharlos nuestros oídos hallaron la clave de la compasión pedagógica.

La institución educativa Isaac Tacha Niño es espacio escolar que acoge las vidas de más de mil estudiantes cuyas trayectorias biográficas han sido marcadas por estas violencias y sus historias cotidianas tocadas por las injusticias.

En este trayecto pedagógico sentimos que nuestras aulas han comparecido ante las situaciones que se replican en sus vidas. Nuestro problema no son los estudiantes, son las prácticas sociales que reproducen las violencias y que debemos transformar en el aula, escuchando sus relatos, reconociendo sus rostros. Por ello nos preguntamos: ¿Puede la compasión pedagógica, como vivencia de alteridad en el aula, transformar las prácticas de violencia que se reproducen al interior de la Escuela? Aún no sabemos si hallamos la respuesta, de eso nos hablará no una tesis, sino el trayecto de sus vidas.

Nuestra obra nació de la necesidad de *senti-pensar* la relación entre la escuela y violencia, volviendo, dirían los fenomenólogos, “a las cosas mismas”, suspendiendo los prejuicios, aplazando los significados, permitiendo que fueran sus voces las que hablaran, las que nos dieran el retrato y el relato de esta difícil relación.

Estaban en quinto grado cuando emprendimos este escrito y en sus escasos años pesaban las historias de sus familias desplazadas. En quinto grado y son herederos de la guerra, seres violentados, de linajes desplazados y memorias

despojada. Niños y niñas de las marginalidades urbanas que tatúan tristezas de asfalto mientras la escuela, al menos la que nosotros encarnamos, pretende donar de esperanza, aún cuando sea tan sólo una ilusión.

En este instante aparece el aula como territorio de indagación, como escenario de escucha. En el aula reconstruimos sus memorias personales, memorias sensibles, afectivas, emotivas, y lo hicimos desde la trayectoria biográfica, narrando sus realidades en medio de la vulnerabilidad y la marginalidad del territorio.

¿Podríamos con ello restablecer el vínculo entre la escuela y la comunidad? Lo seguimos intentando. Anhelamos leer este escrito en voz alta, que se sepa lo que estas infancias están sintiendo...

PRIMER ACTO

EL AULA Y SUS RETRATOS HISTÓRICOS: EN TORNO A LOS CONTEXTOS

En el oriente donde las montañas terminan para dar paso a la inmensa llanura, donde nace el sol que con sus resplandecientes rayos alumbran los majestuosos paisajes de la extensa tierra ganadera y que a la vez iluminan los rostros tristes y desdichados de aquellos pobladores despojados, no solo de sus tierras, sino también de sus ilusiones y de sus proyectos de vida, allí donde se venden retratos coleccionables de un amanecer llanero y se mezclan colores que serían la inspiración perfecta para el poeta, el escritor, el pintor, el amante...

El cielo en el horizonte se une con el verde de nuestras llanuras, no sin antes dejar su tonalidad rojiza como simbolizando la sangre que se ha derramado en estas tierras desde inmemoriales tiempos de la colonización de los llanos orientales en los ya lejanos siglos XVIII y XIX, cuando la inmensidad de tierras baldías fue ocupada por personas de todo el país en busca de nuevas oportunidades que trajeron consigo sangre y muerte...

Allí se encuentra la puerta del llano, la violenta, hermosa y calurosa ciudad de Villavicencio, un territorio con un poco más de medio millón de seres humanos habitándola.

Desde su fundación en la década del cuarenta se ha caracterizado por tener una cultura que se enmarca en el ser llanero, a partir de manifestaciones artísticas como el joropo, una danza tradicional engalanada de sombreros, ponchos, cotizas, cuatros, maracas, donde el hombre criollo zapatea al repique de las arpas, mientras los verdugos del conflicto empuñan sus armas.

Un contraste entre paisajes, folklore, costumbres, cultura con una desalmada, cruda e inclemente guerra, donde la ciudad lucha día a día por cambiar el ambiente de desasosiego a un territorio de paz y tranquilidad.



Al nororiente de la ciudad, donde termina la clase media y comienza la incontable llanura de los excluidos, exactamente en la comuna 4, se encuentran los barrios Reliquia (fundado en 1997) y Trece de Mayo (fundado en 2008), populosos sectores de terrenos en recuperación donde la mayoría de sus habitantes llevan a sus espaldas la enorme carga del desplazamiento forzado,

del despojo de tierras, de asesinatos, secuestros y todo tipo de agresiones. Sus pobladores huyeron de las amenazas y los intentos de los grupos armados por querer llevarse a sus hijos para convertirlos en blancos fáciles de la guerra, o tal vez huyendo de la erradicación de cultivos ilícitos que trajo consigo pobreza y desolación a lugares donde antes la coca atraía el dinero fácil y las oportunidades de trabajo, o de masacres perpetradas por grupos paramilitares como la de Caño Jabón en la inspección de Puerto Alvira a orillas del río Guaviare, en donde, guiados por un habitante del caserío, fueron asesinando a los que declararon como auxiliares de la guerrilla...



De esas violencias provienen los habitantes de estos barrios que intentan reconstruir sus proyectos de vida en ambientes de marginalidad. Allí las calles son destapadas. Cuando hace calor intenso, el aire que respiran es polvoriento, y cuando llueve, los habitantes deben caminar en medio de infinitos barroales.



Las casas son de tabla, lona o tejas de zinc; piso en tierra y techo frágil. Son familias numerosas, madres cabeza de hogar y falta de todo. Empobrecidas y vulneradas por las violencias estructurales, sus necesidades básicas se imprimen en la mirada alelada y triste de aquellos niños y niñas que viven del recuerdo de la vida en el campo y de lo felices que eran en sus territorios...

Laurita, suspirando, recuerda con nostalgia:

“Ay, como extraño la finca donde vivía... Allá mi vida era de todos los colores, jugaba con los vecinitos de otras fincas, corríamos por los campos verdes, nos bañábamos en las aguas azules y claras del río Güejar, bajábamos naranjas y limones de los árboles, le dábamos maíz a los pollos y las gallinas; ahora mi vida es gris en medio de estas latas no encuentro nada que me haga feliz”

Recuerdos de los campos de donde nunca debieron salir porque allí tenían sus propios cultivos, un par de gallinas y una vaca vieja que daba el sustento diario. De vez en cuando iban a fincas cercanas de mayor envergadura a “ruliar” (usar el machete o rula para limpiar potreros y pastos) para ganar algunos pesos que alcanzaban para algo de mercado y unas cuantas cervezas en el caserío más cercano. Aunque viven de los recuerdos siempre está ahí presente su realidad inmediata, un diario vivir tal vez con una sola comida al día y a la noche. La mayoría de padres y madres de familia laboran en la venta ambulante, la construcción, la vigilancia, labores de aseo y limpieza en casas y colegios.

Unos metros más al fondo, donde termina la parte poblada de la ciudad, se encuentra el barrio Betty Camacho fundado en el año 2014. Lleva este nombre en honor a una líder llanera que construyó su carrera en defensa de los derechos humanos y a quien unos sicarios le cegaron su vida. Por ser un barrio de interés social el panorama cambia, las calles son pavimentadas, todas las casas son iguales con piso en cemento, paredes de ladrillo y tejas. A simple vista se puede afirmar que las personas que allí lo habitan tienen un techo donde vivir, un barrio levantado por una antigua administración que trató de darle dignidad a muchas familias desplazadas y necesitadas.



En una esquina de esta margen urbana, a primeras horas de la mañana, se encontrarán los vecinos comentando el aguacero de la noche anterior y quizás esperando la misma ruta de busetas que los lleve a sus lugares de trabajo. Los habitantes de estos barrios se encuentran entre las calles polvorientas y las calles asfaltas, las casas de lata y las casas de material, con violencias comunes a cuestras mientras sus hijos madrugan a la misma escuela.

Hay alguien que acaba de dejar a su familia en una casa de material resguardándose del frio de la mañana y el otro en su casa de lona y zinc haciendo hasta lo imposible para resguardarse del frio y tratar de descansar un poco. Es en este contexto donde se encuentra ubicada la institución Isaac Tacha Niño.



La Institución Educativa Isaac Tacha Niño lleva este nombre en honor al poeta que compuso el himno de Villavicencio... En el año 2010 recibió la aprobación por parte de la secretaría de educación para ofrecer todos los niveles de preescolar, básica, secundaria y media. Su sede principal fue fundada en el año 2021... Mil estudiantes habitan sus aulas, mil y una violencias callan dentro de sus muros...



SEGUNDO ACTO

EL AULA Y SUS RELATOS BIOGRÁFICOS: EN TORNO A LAS EXISTENCIAS

Después de una larga noche, cuando la lluvia que por estos días azota sin clemencia la ciudad, despertó la ciudad con el sonido del viento que con rudeza golpea los árboles de la mole de concreto en medio de las construcciones que han transformado el verde de la inmensa llanura en polvorientas calles abarrotadas de personas en busca de sustento.

A pocos kilómetros de nuestros hogares se encuentran las casas de los niños y niñas con los que a diario convivimos en nuestras aulas. Algunos pasaron la noche bajo un techo de eternit y paredes de material, arrullados por el silbido del viento, tal vez con hambre, pero sin la imperiosa necesidad de salvaguardarse de la lluvia en algún lugar de su hogar. Otros, por el contrario, corren en medio de la tempestad, tratando de remendar la lona con la que está hecha la pared de su casa, porque esta noche nuevamente la naturaleza se ensañó contra su vivienda y la teja de zinc oxidada que la cubría voló por el aire, muy lejos, sin saber que en el lugar donde quedó va a ser instrumento para otra familia que la necesita para protegerse de una nueva tempestad. A otros los despertó el frío de la noche y al querer bajarse para caminar hacia el baño se dieron cuenta que nuevamente, como sucede cada vez que llueve en esta ciudad, el agua ha entrado por los rotos que tiene su casa y no queda más que arremangarse los pantalones y empezar a sacar el agua antes que se mojen los cuadernos que sirven de herramienta para cultivar el sueño de un mañana mejor...

La noche pasada por agua y una voraz tormenta sirvió también para que el barrio viviera esa tensa calma. Sólo la lluvia logra serenar el barrio. Las violencias cotidianas también se resguardan.

La mañana transcurre en aparente calma en esta zona de la ciudad; los rayos del sol se extienden hasta los rincones más alejados secando los rastros de la noche anterior. Después de la tempestad los habitantes de estas márgenes empiezan de nuevo. Unos salen a trabajar, otros a buscar trabajo. Las madres faenan sus labores diarias en casa, otras han dejado preparado el almuerzo para sus hijos y se han ido en busca del sustento porque “si no se trabaja no se come”, proverbio del barrio. Los más chicos descansan en sus hogares, mientras otros, más decididos han salido a trabajar, jugar, o medir calles.

Todos son actores necesarios dentro del desarrollo de la zona; desde la señora de casa hasta el avivato negociante, desde la señora de los tintos hasta la que bien vestida sale a ganarse la vida en la nueva ola de mal llamados estudios de modelaje; desde el que sale a rebuscar entre las botellas plásticas y latas dejadas por los pudientes del barrio, hasta aquel que sale a ver que le puede quitar al vecino para también llevar sustento a su hogar.

Nuestros niños y jóvenes viven en esa realidad. Algunos tienen un buen plato de comida al desayuno, mientras otros disfrutan del agua de panela y pan como manjar de dioses. Acto seguido, comienzan a alistar lo que será una nueva semana de estudio: libros, uniforme, tareas, materiales. El estricto orden que les

han impuesto la escuela bajo la ficción narrativa que promete a cambio “ser alguien en la vida”, como si ya no fueran alguien dentro de esta sociedad.

Termina la mañana, las calles ya secas hacen prever una tarde intensa de calor que hace olvidar la noche anterior. Juan toma su maleta y se dirige junto con su hermanita a un comedor comunitario en donde le sirven el almuerzo que su madre no puede preparar porque su trabajo, como operaria en el frigorífico, ubicado a las afuera del sector, la ocupa todo el día. En este lugar confluyen niños, niñas adolescentes, abuelos y demás personas que se benefician de un plato de comida que tal vez, sea el único que prueben por el resto del día.

Mientras tanto, Sofía se sienta a la mesa junto con su madre y su padre a disfrutar de un delicioso almuerzo preparado minutos antes, seguido de una oración pidiendo por los niños de este mundo que no tienen que comer sin saber que entre sus compañeros hay niños que hacen parte de esta realidad.

Mateo en su casa calienta el almuerzo que le ha dejado su mamá desde la madrugada. Él debe asumir la batuta de calentar y servir por ser el mayor y pelear con sus hermanos para que estén listos para almorzar e ir a estudiar.

Andrés toma entre sus manos un pan sobrante del desayuno y lo lleva a su boca y de dos zancadas sale de su casa. Una vez más se le hizo tarde; para él no importa que en su casa no haya habido almuerzo, tal vez por esas ironías de la vida su cuerpo ya se acostumbró a que cuando hay se come y cuando no se aguanta. Corre despavorido como el Husáin Volt de la reliquia hasta llegar a la

puerta del colegio donde esperan ansiosos, junto a otros niños y niñas que se abran las puertas, no solo para estudiar sino porque a la entrada recibirán una leche saborizada, una galleta y un bocadillo que serán su almuerzo y su refrigerio en toda la tarde. Se ubica detrás de la niña bonita del colegio que sabe que siempre llega bien alimentada y sin hambre, y lo más seguro es que, como todos los días, va a voltear a mirar atrás y preguntará “¿quién quiere?, porque yo estoy llena”, y él, casualmente, estará presto a recibir un refrigerio más para llevarlo a casa y dárselo a su hermanito que es cuidado por una vecina mientras su mamá termina la jornada laboral.

Estando en esa reja que limita la calle del colegio, ve llegar uno a uno los profesores de la jornada de la tarde bien vestidos, en un carro “relajado”, pues ha escuchado de algo llamado aire acondicionado que, aunque entiende para qué es, no tiene ni idea cómo funciona. Al profe “bien vestido” le abren la reja para que ingrese, mientras él y sus compañeros, todavía afuera, aguantan el sol inclemente.

Uno a uno, van llegando los más de 500 estudiantes de la sede la Gota. El reloj marca la hora de entrada en el Isaac Tacha Niño, pero la puerta no se abre. Se escuchan murmullos de padres protestando porque juegan con el tiempo de ellos, diciendo que la entrada es a una hora y no la cumplen, como si los profesores creyeran que no tienen nada que hacer en las casas sino “venir a colgar jeta al colegio”, pero cuando ven al docente de disciplina abrir la puerta resignan su protesta y lo elogian con un caluroso saludo.

Es lunes, comienzo de semana y los estudiantes se dirigen al espacio del restaurante escolar. Es el único gran espacio de la institución donde hace un poco de sombra. Todos se aprestan para la formación. Ritos de la escuela disciplinaria que habitúa a los hijos de “nadie” a lo que serán sus vidas en los batallones, las cárceles o las fábricas.

Al ingresar al aula de clase observo los pupitres vacíos esperando a ser ocupados por algún estudiante necesitado de aprender o simplemente escapado de su realidad. Pasan algunos minutos mientras sigo estrictamente la rutina que yo mismo me he impuesto tal vez sin planearlo: coloco el termo del tinto sobre la mesa, me sirvo uno caliente en ese pocillo que tiene un gran valor sentimental, coloco la carpeta que contiene todos los documentos necesarios para desarrollar una clase, sabiendo que no son más que formatos que se llenan sistemáticamente alejados de las realidades de los niños que pronto llegarán. El reloj en mi muñeca izquierda marca las 12: 15 de un día caluroso y húmedo.

De repente, como sucede todos los días, el silencio natural del salón de clases es interrumpido por los estudiantes que van ingresando entre risas, carcajadas, murmullos, reclamos y quejas; van tomando sus asientos que han sido asignados previamente, como si también el orden sistemático se tuviera que ver reflejado en el contexto del aula. Estas asignaciones no tienen ninguna lógica, porque al final del día, me daré cuenta que mientras me ausento del salón, ellos saltarán las reglas y se relacionarán con quienes desee.

Hoy no es un día normal de clases, después de muchos lunes por fin el salón está completo. Todos los estudiantes llegaron al aula y con asombro veo lo que me muestra la realidad que escogí por vocación y convicción. Cuarenta niños y niñas con una imaginación infinita y el poder de cuestionar hasta lo más sencillo de entender toman asiento.

Allí están todos, son como soldados prestos a recibir la primera instrucción. Mientras paso mi mirada sobre cada uno de ellos, trato de entender las realidades de sus vidas cotidianas y en mi cabeza surgen interrogantes que buscan respuesta.

¿Estarán en ayunas? ¿Traerán consigo una violencia secreta? ¿En sus cuerpos habrá marcas de las iras de la casa o de las riñas en el barrio? Me detengo a pensar en las realidades de los moradores de mi aula y trato de imaginar lo que algunos de ellos viven en sus hogares.

Veo a Yessi con su color de piel oscuro y su sonrisa blanca que refleja la picardía que hay en su ser, vestido de civil porque en su casa no tienen los recursos para comprar un uniforme. Supongo, en mi ignorancia, que ese vestido es la suma de las donaciones que le han hecho a su madre, una mujer que en las pocas ocasiones que la he visto, se le notan las ganas de sacar a sus hijos adelante y que a pesar de sus dificultades y necesidades se rebusca para que no les falte nada, pero con la imperiosa necesidad de que más allá de buscar alimento y vestido para Yessi y su hermanita, de grado cuarto, también debe velar por sus

otros dos hijos en condición de discapacidad que requieren de mayor atención y pelear con los padres de cada uno de sus hijos. Allí está Yessi, sentado, con ganas de aprender, con ganas de molestar a sus compañeros, para sentirse importante cuando el profesor le llame la atención por lo que ha hecho.

La mirada sigue recorriendo vagamente el aula y me encuentro con Nicol, una niña que, a diferencia de Yessi, llega todos los días con su uniforme muy ordenado y bien peinada, como si cada día, antes de ir al colegio pasara por un salón de belleza. Su madre se toma el trabajo de que esté lo mejor presentada para ir al salón, tal vez porque fue educada bajo la premisa de que al colegio se debía ir aseado, bien peinado y perfumado. Esa es Nicol. Para muchos, la estudiante perfecta: inteligente, aplicada, aseada y con una mamá que le da todo lo que está a su alcance, pero le falta su padre. Hace un par de años sus padres decidieron separarse. En sus ojos he notado la nostalgia.

Juan, el niño que se cree un hombre porque maltrata y les pega a las niñas del salón, y que vive recibiendo llamados de atención del docente, tal vez expresa la realidad que vive en su casa. Lo observo y veo en él potencial para el deporte. En su casa lo saben, por eso juega en una escuela de fútbol popular de la ciudad. Tiene 10 años y su sueño es jugar fútbol. Su pesadilla es la escuela. Está repitiendo grado quinto, en su casa no había servicio de internet y la pandemia lo confinó y al mismo tiempo lo asiló. De su madre sabemos poco. El trabajo, dice, no le permite cumplir con las citas de sus profesores.

Mi mirada se centra en Camilo, un niño callado y muy estudioso que sufre de ataques epilépticos y que debe tomar una medicina 3 veces al día para controlar su enfermedad. Su padre es un hombre que le ha tocado muy duro en la vida, una lesión en la columna no lo deja trabajar. Sin importar las desventuras de su existencia, corre “pal medico” con su hijo cada vez que presente un episodio epiléptico. Su esposa es quien lleva a costas la economía de la casa y trabaja de sol a sol para solventar los gastos del hogar.

Santiago también es un niño callado. Es alto, tiene 10 años, es el niño fuerte del aula. Camina todos los días desde su casa hasta el colegio para “ahorrar” el dinero del pasaje. Es un brillante dibujante, pero en su casa no hay recursos económicos para acompañar este don.

Al mirar al costado derecho del salón, observo a Estefany, una niña recién llegada al aula, promovida anticipadamente de grado cuarto por sobresalir académicamente. No lleva más de 2 semanas y me ha contado que su padre no puede subir ni bajar escaleras porque tiene una prótesis en su pierna. De ahí nace su gusto por el colegio. Estefany ha visto el ascensor e imagina que su papá puede usarlo cuando haya reunión y entrega de boletines. Lo que Estefany no sabe, es que el ascensor del Isaac Tacha Niño es de adorno, porque los contratistas abandonaron la obra y dejaron un cubículo metálico que no presta ningún servicio y que fue prometido como la solución a la inclusión.

Estefany se sienta al lado de Andrés, un niño venezolano que me enseñó cómo se lleva la melancolía en los hombros cuando los demás hablan de la familia extensa. Vive con su madre que trabaja en un puesto de comidas rápidas, pero la “familia” se quedó en la hermana república. Es alegre y siempre llega tarde a las clases, quizá divagando en las calles de su tierra natal.

Mi calma se ven interrumpida por una voz que viene del lado de la ventana. Me dice: “profe, ¿y no va a revisar la tarea?” es Alejandro cuestionándome porque luego de varios minutos no he revisado la tarea. En el aula se escucha un “ahhhhh” colectivo que lo interpela, pero ante lo cual responde y con voz grave insiste a sus compañeros que había una tarea. Está confiado en que el profe va a revisar, y que tal vez muchos de los que dijeron “ahhhh” van a tener una mala nota o un llamado de atención porque de seguro no la hicieron.

Miguel es el “chacho” del salón. Ejerce cierto liderazgo y autoridad sobre sus compañeros, es el autor de los sobrenombres, el líder de la burla, el artífice de las pequeñas trifulcas de escuela; pero se enfurece cuando de repente algún compañero, por quitárselo de encima, le recuerda que su padre es quien vende los raspados a las afueras del colegio. El papá de Miguel es el testimonio de las economías del rebusque y el trabajo informal de las que viven y sobreviven las familias del Isaac Tacha Niño.

Stiven, un niño de mediana estatura, delgado y con un deseo inmenso de aprender y ser el mejor de la clase, a simple vista lleva una vida tranquila, pero

“las apariencias engañan”. Vive junto a su hermanito de 10 años en un hogar sustituto muy lejos de donde viven sus padres, quienes luchan por su custodia y la de su hermanito. En este nicho familiar, roto por trágicas circunstancias, Steven parece ser un niño condenado a vivir entre madres sustitutas y políticas de Estado.

Detrás de Steven está Lina, una niña alegre a pesar de los recuerdos que trae consigo. Lina es desplazada. Tuvo que abandonar la finca donde creció, junto a su mamá y sus hermanos, porque la guerrilla así lo decidió. Llegaron a su parcela y les dieron unos cuantos minutos para empacar sus vidas. En un pequeño cuarto en el barrio la Reliquia descargaron sus “pertenencias” y allí siguen, anhelando volver despertar con el canto de las aves y no con la inclemente lluvia que a todos nos hizo pasar una mala noche en este “lejano oriente”.

Jhordan tiene 14 años y también está en grado quinto. Para su edad debería estar cursando grado noveno, pero la violencia no se lo ha permitido. Jhordan es víctima de desplazamiento forzado. Tiene ocho hermanos, y junto a sus padres se vieron obligados a abandonar su terruño. Tres años después de aquella terrible noche en la que los sacaron de su mundo campesino intentan, “rehacer la vida” entre el polvo y el asfalto, el zinc y las lonas del “lejano oriente” de Villavicencio. Jhordan fue desterrado del municipio de Tarazá (Antioquia) y junto a su familia llegó al barrio la Reliquia, y de ahí, al Isaac Tacha Niño. El día que llegó se sintió un poco incómodo al ver que sus compañeros y compañeras aún eran niños. Pasaron los días y Jhordan se destacó por su buen desempeño

académico; sin embargo, la convivencia en la escuela no era lo suyo. Era un joven retraído, con una mirada triste, una mirada que se perdía en los recuerdos de su infancia, era muy poco lo que compartía con sus pares. Un día, a la salida de la institución, un compañero se acercó a su hermano en tono desafiante; Jhordan, al percatarse de lo que estaba pasando, defendió a su hermano y a golpes resolvió la situación. El rito de la disciplinarización no se hizo esperar. Jhordan terminó en la coordinación. En ese frío espacio nadie sabía que Jhordan era un desplazado de Tarazá. En la palabra “bullying” no caben las lecturas de las condiciones sociales de violencia que van sitiando el alma humana.

Yessi, Nicol, Juan, Camilo, Santiago, Estefany, Andrés, Alejandro, Miguel, Steven, Lina y Jhordan son los moradores del aula que ese lunes sentí que llegaron con sus realidades como si de sus sombras se tratara. Son los hijos del “lejano oriente” de la ciudad de Villavicencio, provienen de los barrios fundados por los que huyeron de las violencias rurales.





TERCER ACTO

EL AULA Y RETRATOS UTÓPICOS: EN TORNO A LAS ESPERANZAS

¿Puede la experiencia del aula contener el dolor que la época inscribe en el cuerpo de los estudiantes? Quizá sea la compasión pedagógica la única virtud capaz de transformar las circunstancias dolorosas que emanan y brotan de los entornos del aula.

La compasión es el gesto ético que, haciéndose cargo del sufrimiento del otro, también repara su futuro posible, teje alteridades entre los seres expuestos a las violencias y potencia virtudes para comparecer ante las circunstancias históricas. De la compasión que llamamos pedagógica, sólo queda la esperanza.

Estos relatos y retratos del aula en el Isaac Tacha Niño nos han permitido sentir de otro modo las realidades de los entornos escolares sitiados por las violencias. En el devenir cotidiano de estos niños y niñas hemos hallado la escenografía en la que se debate el sentido más profundo de nuestro gesto pedagógico: la compasión que narra la situación del aula. Son historias mínimas, microrrelatos de un día, de un lunes después de la lluvia. A los niños del grado quinto aún les espera un lenguaje que les permita anclar sus vivencias con el significado de las historias que los anteceden, con las memorias que los vieron nacer y hoy los tienen allí, sentados detrás de un pupitre, de frente a una pizarra, en un salón que suele olvidarse de ellos y sus circunstancias.

Nosotros hemos tratado de seguir escuchando, más allá del aula, las palabras que vagan y los sentimientos que pesan y que a diario arrastran en los pasillos. En cada rincón de la institución se puede olfatear ese aroma violento con el que

llegan nuestros estudiantes a la escuela; el aroma de las violencias alimentado por situaciones vividas en sus hogares, sus familias o su entorno barrial.

Si el Isaac Tacha Niño hablara, nos contaría las historias que no hemos escuchado, las que se estrellan contra los muros, las que lloran en silencio, las que caminan presurosas en el patio. Las que mueren en el pupitre.

¿Puede llegar a ser el Isaac Tacha Niño un “espacios de protección” como lo dice Mélich? Somos seres en búsqueda de un refugio y un consuelo. Tratamos de encontrar en las personas un acto de compasión, despojados de armaduras y abiertos a la comprensión del otro. ¿Es esto la escuela?

Cuando entendemos al otro y nos adentramos en su mundo conociendo los sentimientos que los aquejan y las experiencias que guardan en sus memorias al igual que las cicatrices en su piel; cuando somos capaces de entender a estos niños; cuando en un acto de confianza desnudan sus almas para poder contarnos con recelo sus experiencias y tratamos de comprender de donde provienen sus comportamientos dentro de la institución; cuando nos ponemos en el lugar del otro y tratamos de imaginarnos por un momento qué hubiésemos hecho frente a esta u otra situación, tal vez sentiríamos la necesidad de transformar estas realidades desde el aula. La compasión pedagógica puede transformar las violencias de las que fueron expuestas los niños, porque es capaz de comprender la herida, enfrentar la conmoción, superar el dolor, reinventar el cuerpo y rehacer el lenguaje. Sin compasión pedagógica no hay realidades

situadas en la escuela ni hay posibilidad de la escuela como actor de transformación en los territorios.

Al reconocerlos hemos sentido anhelo de utopía, de hacer del aula un nicho de utopías. ¿Podemos ofrecer como maestros una esperanza no ligada a la superación personal sino a la revolución social? ¿De qué sirve vender “oportunidades” si en el “lejano oriente” de Villavicencio las vidas siguen siendo precarizadas y los cuerpos explotados? En este último acto comprendimos por qué decidimos mirar en torno a los contextos para luego mirar en torno a las existencias... No hay retrato utópico que no sea un volver a imaginar el contexto del ser...





BIBLIOGRAFÍA

Barcena, Fernando. Melich, Joan Carles. (2003) “La mirada excéntrica. Una educación desde la mirada de la víctima”. En: La ética ante las víctimas. Barcelona: Anthropos.

Crimades, Alvaro (2021) Historia de la violencia en Colombia: 1946 – 2000. Una mirada territorial, editorial sílex.

Conflicto armado en el Meta y su impacto humanitario (agosto 2013), fundación ideas para la paz.

Cotte A (2007) pobreza, desigualdad y crecimiento: una interpretación de las causas de violencia en Colombia, universidad de la Salle.

Ibañez, A M (2008). El desplazamiento forzoso en Colombia: un camino sin retorno hacia la pobreza, Bogotá, universidad de los Andes.

Freire, Paulo [1997]: *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*; editado por Josefina Anaya; portada de Peter Tjebbes. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2006. ISBN: 987-98701-8-2.

Foucault, Michel (1975–1976). “*Defender la Sociedad*”. Editorial. Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michel (1996) *Hermenéutica del sujeto*. Ed Altamira. Buenos Aires.

MATE, Manuel (2011). *Tratado de la injusticia*. Barcelona, España: Anthropos

Melich, J. C. (2010) *Ética de la compasión* (Barcelona) Herder editorial, S,L,

PEI revisión 2023, Institución Educativa Isaac Tacha Niño.

Romero Murillo L.A. (2016) *Análisis del proceso de urbanización informal en una ciudad intermedia, estudio de caso: la Reliquia en Villavicencio, Meta*

(2005 – 2015), Luz Adriana Romero Murillo, universidad del Rosario, facultad de ciencia política y gobierno, Bogotá.

Schachter Silvio. Violencia y urbanización de la violencia, artículo, texto basado en el capítulo escrito por el autor para el libro tiempos violentos, editorial herramienta.

Skliar, C. (2014). [La cuestión de las diferencias en educación: tensiones entre inclusión y alteridad](#). Revista de Investigaciones· UCM, 14(2), 150-159.

Violencia paramilitar en la altillanura: autodefensas campesinas de Meta y Vichada, informe # 3, centro nacional de memoria histórica, director: Álvaro Villarraga Sarmiento, diciembre 2018, 264pg

Zuleta, Estanislao. (2003) Colombia: violencia, democracia y derechos humanos. 3ª Ed. Medellín: Hombre Nuevo.